

BX3706  
C35  
1858  
V-2



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135899

---

## HISTORIA

DE LA

# COMPañIA DE JESÚS.

---

### CAPÍTULO XI.

El cardenal Alexandrini, legado del Papa, y Borja, parten para España. — Triunfos de los Jesuitas en la Península. — Sublevacion de los moros de Granada. — Los Jesuitas son las primeras víctimas que sacrifican á su furor. — La flota de D. Juan de Austria y los Padres. — Cristóbal Rodriguez y los condenados á galeras. — Declárase la peste en Salamanca, Alcalá, Sevilla, Toledo y Cádiz. — Caridad de los Jesuitas. — Francisco de España y su madre. — Los Jesuitas suspensos de sus empleos en Alcalá por causa de captacion. — El cardenal Alexandrini y Borja en Barcelona. — La Inquisicion hace publicar los escritos ascéticos de Francisco de Borja. — Entrevista del Padre con Felipe II. — Borja decide al rey de España á entrar en la coalicion contra el turco. — Batalla de Lepanto. — Borja en Portugal. — Los Jesuitas preceptores del rey D. Sebastian. — Pasquier, y el *Catecismo de los Jesuitas*. — Acusaciones dirigidas contra los Padres. — De haber querido ser reyes de Portugal. — De haber impedido á D. Sebastian que contrajese matrimonio. — De haberle hecho guerrero. — De haber sembrado la discordia en la familia real. — Retrato de D. Sebastian. — El Jesuita Luis Gonzalvo de Cámara, su preceptor. — De Thou, y el historiador genovés Conestaggio. — Carta del P. Gonzalvo al General de los Jesuitas acerca del enlace de D. Sebastian. — Política del Papa respecto al Portugal. — La reina Catalina de Austria. — Carta del P. Maggio sobre los asuntos de Portugal. — Escribe el P. Gonzalvo al cardenal Rusticucci. — Carácter de los portugueses. — Los historiadores de esta nacion disienten de las opiniones que aduce Esteban Pasquier. — Primera expedicion de D. Sebastian contra los moros. — Escribele Gonzalvo. — Disuádele en esta carta de su proyecto. — Muerte de Gonzalvo. — Sentimiento del Rey. — Vense privados los Jesuitas de su favor. — Origen de su desgracia. — Intrigas en la corte de Portugal. — ¿ Han podido conspirar contra la real familia, los Jesuitas, confesores del rey, de la reina madre, y del infante D. Enrique? — Divúlgase el sigilo de la confesion. — Muerte de D. Sebastian. — El cardenal rey. — Conducta de los Jesuitas durante las intrigas respecto á la sucesion. — Su política en las islas Azores. — Los abogados Pasquier y Linguet. — Arri-

bo de Borja á Francia. — Llega Possevino á Bayona. — El canceller de l'Hôpital escribe en favor de los Jesuitas. — Lucha entre la universidad y los Calvinistas. — La universidad de Paris pide auxilio á los Protestantes contra los Jesuitas. — Ramos y Galland. — Defensas de Pasquier y Versoris. — Ana de Montmorency y los Jesuitas. — El P. Perpiñan y la universidad de Paris. — Conspiracion de los Calvinistas descubierta en Paris por Oliverio Manare. — Complot de los Protestantes dirigido contra Lyon. — Hácele abortar el P. Auger. — Batalla de Jarnac. — El duque de Anjou y el P. Auger. — Este Jesuita en Tolosa. — Su azúcar espiritual. — Possevino y la ciudad de Aviñon. — La Inquisicion y los Jesuitas. — Auger en Aviñon. — Victoria de Moncontour. — Los Jesuitas en Dieppe, Ruan, Poitiers y Verdun. — Retrato de Carlos IX. — Francisco de Borja en Blois. — La Saint-Barthélemy. — Causas de este crimen. — El P. Maldonado y el rey de Navarra. — Insurreccion de los Países Bajos. — Los pordioseros. — El cardenal de Granvelle. — Los Calvinistas franceses y el príncipe de Orange preparan una república universal. — El duque de Alba en Bruselas. — Los Jesuitas reintegrados en Tournai y Amberes. — Sus disidencias con la universidad de Douai, que trata de congregarlos. — El botin de Malinas. — Muerte de Borja.

En tanto que el cardenal Commendon y el Jesuita Toledo se hallaban gloriosamente ocupados en los asuntos de la Iglesia, llegaban á España el cardenal Alexandrini y Francisco de Borja, con el objeto de poner en ejecucion el plan trazado por el papa Pio V.

Luego de su ascenso al generalato, promovió Francisco al empleo de provinciales, al P. Santiago Carrillo, para la provincia de Castilla; á Gonzalo Gonzalez para la de Toledo; á Jaime Avellaneda, para la de Andalucía, y á Ildefonso Roman, para la de Aragon y Cerdeña, que formaba parte de la anterior, y en la que poseian ya dos colegios en las ciudades de Cagliari y Sassari. Habíase dado tambien principio á la fundacion de otro colegio en la ciudad de Toledo, que destinaron en 1566 para la ereccion de una casa profesa, que respondiese á los deseos de la congregacion general; especificando al mismo tiempo que debia existir una en cada provincia. Encargóse Juan Valdervano, en el mes de junio del mismo año, del gobierno de esta casa, que contaba ya en el número de sus profesos á Simon Rodriguez, Francisco Strada y Antonio de Córdoba, Jesuitas todos que habian envejecido en las dignidades de la Orden; pero que por uno de esos profundos cálculos, á que Loyola sometia á sus discípulos, se hallaban á la sazón postergados á otros mas jóvenes; puesto que, segun él, las fatigas debian ser la herencia de los bisoños, así como los consejos y oraciones pertenecian de derecho á los veteranos; la edad

madura participaba de ambas condiciones. Esta oscuridad, que era para todos ellos un favor, fue entonces muy ventajosa á los moradores de Toledo. Empezaron los tres Padres su obra con el mismo ardor que si fueran novicios; realizando muy luego en la ciudad imperial los prodigios con que se habia señalado su juventud. Pero tan prolongados afanes no tardaron en consumir las pocas fuerzas que habia dejado el estudio al P. Antonio de Córdoba. Era tan excesiva la humildad de este favorito de Carlos V, que en una congregacion general habida entre los Jesuitas, decidieron estos á propuesta suya, que se aboliese en la Compañía el honorífico título de Don. Falleció en Oropesa, en casa del conde Fernando Álvarez de Toledo, su pariente.

La ciudad de Valladolid fue como la cuna de la casa profesa de Castilla, cuya direccion estaba confiada al P. Gerónimo Ripalda, estándolo la del colegio al cargo del P. Juan Fernandez. El P. Baltasar Álvarez, confesor de santa Teresa de Jesús y María Diaz, regentaba el colegio de Medina y la casa profesa establecida en la misma villa: el colegio fundado en Marchena, provincia de Andalucía, se hallaba tambien en un estado floreciente, merced á las atenciones del duque de Arcos y su esposa, hermana del P. Córdoba. Por último, en Cádiz no se contentaban los Jesuitas con amoldar á los jóvenes á la piedad y al estudio de las bellas letras; sino que se dedicaban con el mayor conato á la instruccion religiosa de los Mahometanos que afluan en gran número á su puerto.

La mision que se habian en Cádiz impuesto unos Jesuitas, con el objeto de propagar la Religion entre los antiguos dominadores de la Península, era continuada por otros en la ciudad de Granada, esa poética capital de los Abencerrages. Desde el año de 1559 se hallaba la Sociedad en posesion de una casa en el Arrecife; pero la sublevacion de los moriscos contra Felipe II obligó á los Padres á abandonar esta morada; y conducidos por Juan Albatolo, moro de origen, fueron en busca de otro asilo mas seguro. Exasperados los musulmanes, por haberseles obligado por fuerza á recibir el Bautismo, solo aguardaban una ocasion favorable para sublevarse contra los Reyes, cuyo trono habian usurpado por espacio de tantos siglos, imperando á los españoles con la tiránica ley de sus cimitarras. Sin embargo, la llegada de los Jesuitas á Granada y el celo que desplegaron en el desempeño de

sus tareas apostólicas, bastaron á calmar la irritacion de los ánimos, sometiéndose al yugo del Evangelio esta poblacion esclava de sus pasiones.

Su actitud, sin embargo, alarmaba al gobierno de Felipe II, el cual en 1569 adoptó medidas enérgicas que pusieron un coto á las demasías de los moriscos granadinos, ordenando que todos los antiguos partidarios de Mahoma demolicen sus baños, renunciasen al idioma árabe, y se vistiesen en adelante sus mujeres como las mujeres españolas. Esto, sin embargo, no impidió que estallase la conspiracion que habia previsto el Monarca: reuniéronse los conjurados en el centro de las montañas proyectando sorprender á la ciudad. Mas la abundancia de nieves interceptó su marcha, logrando únicamente unos ciento abrirse paso, mandados por un jóven de su estirpe llamado Fernando de Valora. Luego que penetraron los moriscos en el interior de Granada, prurrieron en numerosos vivas á la libertad y á Mahoma, dirigiendo en seguida sus primeros golpes contra los Jesuitas, que siendo los que ejercian un copioso proselitismo en sus filas, habian llegado por lo mismo á ser el blanco de su venganza y encono: pusieron los insurgentes sitio á la casa, derribaron la cruz de piedra, su antemural, y demandaron con gritos desaforados que les entregasen al traidor Albatolo. No tardó en ser rechazada la sedicion, que se derramó por las Alpujarras y Almería, profanando las iglesias, asesinando á los sacerdotes y religiosos, y permitiéndose toda clase de excesos, hasta el momento de retirarse á las rocas inaccesibles. Felipe II, que no se hallaba dispuesto á tolerar con paciencia tamaños ultrajes, confió el mando del ejército á su hermano natural D. Juan de Austria, quien se dispuso á marchar contra los sarracenos; mas como era de temer alguna tentativa de parte de los moros del África, mandó llamar el Monarca á Luis de Requesens, almirante de Castilla, que á la sazón se hallaba en los Países Bajos, quien acudió con su flota para vigilar el litoral.

Embarcóse Cristóbal Rodriguez en esta escuadra en union de otros muchos Jesuitas, que siguieron á la expedicion de D. Juan, con el objeto de alentar á los expedicionarios en sus penosas marchas, animarlos en los combates, y ofrecer á los moribundos los consuelos de la Religion. Habia en Málaga un hospital en que yacian mas de setecientos enfermos y heridos en el lecho del dolor, de quienes se improvisaron enfermeros los Jesuitas bajo la direc-

cion del P. Cristóbal. Las galeras se hallaban tambien cargadas de condenados, cuyo plazo habia espirado; pero que por un deplorable abuso del poder, que les rehusaba la certificacion del cumplimiento de su condena, se contentaban con aguardar el ansiado momento de su libertad. Luego que los Jesuitas indagaron la causa de semejante injusticia, se propusieron remediar el daño á toda costa; mendigaron de puerta en puerta para aliviar en algun modo la suerte de los galeotes, que lanzaban horrendas imprecaciones contra el orden social; y luego que consiguieron la libertad de estos desgraciados, lograron tambien el que se nombrase un magistrado que ejerciese gratuitamente el empleo que acababa de crear su inagotable caridad.

Cuando el duque de Arcos, que se hallaba á la cabeza del ejército español, deshizo á los moros en una batalla decisiva, en el año de 1571, volvió á poder de los Jesuitas la casa que tenia la Sociedad en el Arrecife.

Este año se inauguró para la Península con un gran número de calamidades de toda especie: la fiebre pestilencial que devastaba la Europa, hizo mas estragos en España que en ninguna otra parte, por la influencia del clima y las costumbres de sus habitantes. Felipe II habia hecho deportar los moriscos á las provincias, los cuales proscritos, indigentes y desnudos, eran las primeras víctimas á quienes asaltaba el contagio; y como por otra parte se acrecia la aversion instintiva que habia concebido el pueblo español hácia sus antiguos dominadores con el horrible espectáculo de su miseria, sucumbian á la violencia de su enfermedad, sin que se dignase nadie asistirlos, y aun á veces maldecidos por el pueblo que les atribuia la culpa de tamaño castigo. Pero los Jesuitas de Salamanca que presenciaron este abandono, interrumpieron el curso de sus estudios, y lanzándose do quier que habia apestados, exponian cristianamente sus vidas por salvar las de sus prójimos: Bartolomé Cánova, su prefecto de estudios, y muchos de sus hermanos perecieron víctimas de su caridad; y cuando la ciudad de Alcalá se vió asaltada del mismo mal, halló en los Jesuitas los mismos socorros. En Guadalajara fallecian por centenares los *Nuevos cristianos*, á causa de un abandono igual al de Salamanca; pero aquí como en todas partes, desplegaron su celo los Padres; transformaron su casa en hospital; recorrieron la ciudad, y conduciendo á los contagiados sobre sus hombros, los

trasladaban al hospitalario asilo que improvisara su caridad; obteniendo resultados mas felices su ejemplo, que las palabras mas elocuentes y las ofertas mas lisonjeras. Los españoles, que bien por tímidez ó apatía, se habian negado hasta entonces á prestar su asistencia personal á sus afligidos hermanos, se resolvieron á inmolarse en las aras de la caridad, á vista de los sacrificios inauditos que hacian los miembros de la Compañía; y luego que cesaron los estragos de la peste, les invitaron, por toda recompensa de su celo, á que se dignasen establecer un colegio en la ciudad. En Toledo, Guadalajara y Alcalá, perecieron muchos Jesuitas víctimas de tan funesto azote: llegando á ser tan considerable el número de los apestados en la primera de las mencionadas ciudades, que á mas de tenerlos que amontonar en las camillas, se veian precisados los Padres, por atender al sigilo de la confesion, á colocar sus oidos sobre los labios de los moribundos, operacion á que sucumbió, víctima del sigilo sacramental, el P. Juan Martínez.

En Cádiz, esa ciudad de los goces y de las transacciones comerciales, fallecian sus moradores en el momento en que se veian atacados de la peste: su gobernador, obispo, clero y magistrados, habian buscado en la fuga su salvacion; los ricos negociantes y los sugetos acomodados habian apelado al mismo recurso; el pueblo, únicamente el pueblo, quedaba allí, como en todas partes, entregado á su desesperacion y á un completo abandono. El Jesuita Pedro Bernardo, que se hallaba de rector en el colegio, apeló á los empleados civiles, á quienes el peligro no habia acobardado hasta el punto de inducirlos á la desercion, y fundó en union de ellos un lazareto, confiándolo al cargo de Sebastián Diaz, hábil y esforzado médico de Sevilla, que muy luego se ganó la confianza del Jesuita, por la celeridad y conato con que organizó el plan de asistencia. Encargáronse los sacerdotes Roderico Franco y Diego Sotomayor de la curacion espiritual de las almas, en tanto que el hermano Lopez atendia á la de los cuerpos; llegando en breve los dos Jesuitas á perecer víctimas de su celo al lado de los moribundos. Los Padres, que acababan de inmolar sus vidas en beneficio de la humanidad y del pueblo, fueron recompensados de su sacrificio con la persecucion; mas no vino esta del pueblo, que esta vez no consintió en ser ingrato; fueles suscitada aquella por parte del altar.

Hacia ya largo tiempo que aspiraba á ingresar en la Compañía un jóven descendiente de una familia ilustre de Madrid, llamado Francisco de España; habia trabajado tanto y movido tantos resortes para la realizacion de su idea, que logró por último ser admitido, pasando á la ciudad de Alcalá á dar principio á su noviciado. La madre del jóven neófito, que en sus dorados ensueños habia concebido un porvenir mas brillante para este hijo querido, viendo frustrados sus ambiciosos proyectos con el ingreso del jóven en la Sociedad, arrebatada del impulso materno, pretende disputársele á Dios y á la Compañía, á quien sospechaba haber querido monopolizar en provecho suyo los inmensos bienes que le estaban destinados. Intrépida y llevada de aquel poderoso impulso que solo cabe en el corazon de una madre, se presenta al Consejo real que presidia el cardenal Espinosa, y expuso ante sus miembros el temor que abrigaba, acusando á los Jesuitas de captadores: «No ambicionan, decia, la persona de mi hijo; aspiran, «por el contrario, á su inmensa fortuna: devuélvanmele sino por «espacio de cuatro dias, y verémos si es verdadera ó falsa su vocacion.»

Accediendo el Consejo real á sus deseos, intimó una órden á los Jesuitas para que remitiesen al jóven novicio á casa de sus padres por el tiempo solicitado. Hallábase Francisco de España en Alcalá, segun queda dicho; y como el auxiliar del arzobispo de Toledo, y administrador de la diócesis, participaba de la misma idea que esta pobre madre, reclamó en su nombre al jóven Jesuita. No se hicieron los Padres esperar por mucho tiempo: deseando purificarse de semejante inculpacion, luego que llegaron á sus oidos los primeros rumores, obligaron al novicio á marchar á Madrid, donde debia justificarse con entera libertad á sí y á la Compañía. Sin embargo, seguido el Prelado de un acompañamiento numeroso, penetra en la morada de los Jesuitas, pide por el jóven, y se le contesta que ha pasado á Madrid al lado del cardenal Espinosa. Creyendo que su contestacion es una evasiva, pronuncia un entredicho contra el Colegio: mas tan luego como llegó á noticia de los habitantes de la ciudad el estado de sitio en que se hallaban los Jesuitas, se pusieron sobre las armas en union de los estudiantes de la universidad, y acudieron á ofrecerles su apoyo.

A juzgar por la exasperacion de los ánimos, nada hubiera sido

mas fácil que haber estallado un choque sangriento, que el Provincial procuró conjurar á toda costa, comprometiéndose á exigir cuanto antes el regreso de Francisco, causa inocente de aquel conflicto; como en efecto de allí á poco pasó á realizarlo, poniéndole en poder de su madre. Súplicas, amenazas, lágrimas, brillantes y seductoras ofertas, todo fue puesto en juego con el objeto de apartarle de su resolucion; pero impávido é inalterable, cual la roca en el desierto, permaneció cada vez mas constante en su propósito; hasta que por último se vió precisada su familia á permitirle la consumacion del sacrificio, no sin manifestarle antes el temor que abrigaba de que pasasen sus bienes á manos de la Compañía. Contestó Francisco, que se hallaba en edad de poder disponer de su patrimonio, y que por consiguiente estaba resuelto á ser su único posesor.

Los Jesuitas comprendieron, no obstante, que era indispensable conciliar el asunto; y como por otro lado era mas preciosa á sus ojos la oveja que el vellon, abandonaron la inmensa fortuna del novicio á la voracidad de su familia, cuyos individuos todos, á excepcion de la madre, dejaron desde entonces al jóven en libertad completa.

Habian observado algunos Jesuitas, ajenos á las costumbres de España, que las corridas de toros influian notablemente en la formacion de ese carácter de fria é indolente ferocidad, tan vituperado en las clases bajas de la Península. Mucho tiempo hacia que los Padres habian condenado esta diversion nacional que solo inspira inclinaciones sanguinarias: no lo era menos, que para privar de él á los españoles, era indispensable poner en juego toda la prudencia y consideraciones posibles. Prohibir al pueblo el espectáculo de esta lucha siempre cruenta entre el hombre y la fiera, era sinónimo de querer menoscabar sus prerogativas y ofenderle en el mas vivo de sus deleites. Convencido Pio V de los motivos de humanidad que impulsaban á los Jesuitas, expidió un breve pontificio dirigido á los habitantes de Córdoba, en que después de hacerles conocer toda la extension de su horror, mandaba que se aboliesen las corridas de toros. Aproximábase el dia fijado para una de estas representaciones: los jóvenes cordobeses habian demandado al obispo que se sirviese abrogar, tácitamente al menos, el breve de Pio V, moviendo para ello tantos y tan poderosos resortes, que accedió por fin á su demanda. Consultado el

P. Francisco Gomez, declaró que la humanidad y autoridad de la Santa Sede no debian ser postergadas en semejante caso; alegó motivos tan plausibles en apoyo de su dictámen, y supo cautivar de tal modo los ánimos de los demandantes, que desde luego renunciaron á una diversion, en que por satisfacer las exigencias de unos, exponian otros su vida á una muerte probable.

Entre tanto pasando las fronteras de la Península el cardenal Alexandrini y Francisco de Borja, hacian su entrada en Barcelona el 30 de agosto de 1571. Todavía no se habia extinguido en los corazones de los habitantes del Principado el grato recuerdo del antiguo Virey, cuyo mando habia siempre sido tan compasivo y paternal. Por lo que, impulsados mas bien por la gratitud que por la piedad, se resolvieron á salir al encuentro de Borja, á quien el duque Fernando su hijo iba tambien á saludar en nombre del monarca Felipe II; que al paso que le mandaba felicitarle de su arribo á Cataluña, le participaba el inmenso júbilo que sentia al contemplar que dentro de poco volverian á verse dos amigos antiguos. Mas el Jesuita, que solo ansiaba ser útil á su país y á la Iglesia, aprovechó la ocasion que se le presentaba, en tanto que los catalanes se ocupaban en festejar la llegada del Legado.

Habíase suscitado un debate bastante serio entre todos los cabildos de la provincia y los oficiales de la casa real, acerca de la interpretacion que debia darse á los derechos que se atribuian ambos contendientes: el Pontífice, para terminar el asunto habia comisionado al obispo de Mallorca; pero su intervencion fue inútil: ya los partidos empezaban á exagerar mas que nunca sus prerogativas, cuando la presencia de Borja vino á ser el iris de la reconciliacion. Eligiéronle por árbitro, estipulando ambos partidos someterse al fallo que pronunciara; hizolo en efecto con tal tino, que muy luego se terminó este proceso civil y eclesiástico á satisfaccion de las partes.

La Inquisicion, que en los dias de la revolucion habia promulgado un injusto anatema contra los opúsculos espirituales de Francisco; mas templada después en su fallo, mandó que se publicasen en idioma latino sus dos libros, en justo homenaje á la ortodoxia de un hombre cuya santidad nadie ponía en duda.

Nuevos honores y nuevos triunfos le esperaban en Valencia; aguardábanle en ella sus dos hijos, Carlos y Alonso, y el marqués de Lombay su nieto, con el marqués de Denia, su yerno, y

padre del cardenal duque de Lerma; se postraron á sus piés exigiéndole su bendición. Pero aquellas demostraciones de júbilo y aquellos respetos estaban en contradicción abierta con su humildad: exímese el Jesuíta cuanto puede de aquellas manifestaciones cuya gloria le guarda toda el cardenal Alexandrini; entra ocultamente en la ciudad. Y para sustraerse á las ovaciones, suplica al Cardenal que le permita seguir una ruta diferente de la que lleve la legacía; y desembarazado así de las magníficas acogidas que en todas partes hallaba, se encaminó á Madrid con los Jesuitas que le acompañaban.

Felipe II sabía disimular en su persona tanto los gozos como los pesares. Era de un carácter severo y de un semblante sombrío, sumido siempre su espíritu en ideas inquietas ó ambiciosas: ni el corazón, ni las pasiones, ni las debilidades ó virtudes de Felipe se asemejaban en nada á las de los otros hombres: el esposo y el padre de familia desaparecían en su alma para dar lugar al gran político<sup>1</sup>; era rey á cada hora, y aun á cada minuto de su

<sup>1</sup> La muerte de su hijo D. Carlos y de Isabel de Francia ha suministrado varios motivos de acusación contra Felipe II. El historiador de Thon, poco favorable, en verdad, á este Príncipe, dice en su *Historia universal*, tom. II, pág. 306 y siguientes (edic. de Ginebra 1620):

«No se mezcló Felipe en este asunto hasta que llegó á convencerse de que no le quedaba otro medio de corregir á su hijo y salvar el Estado: mas á pesar de todo le hubiera conservado la vida, si el desgraciado príncipe, furioso al ver que se había descubierto su crimen, no hubiera intentado suicidarse de distintas maneras. Antes de propasarse el Monarca á consumar el filicidio, dió cuenta al grande y santo pontífice Pio V de las terribles circunstancias que le inclinaban á dar ese paso, y de la conducta que creía deber observar.»

Parécenos esta versión del presidente de Thou la mas verosímil de cuantas fábulas han salido á luz acerca de estos trágicos sucesos: es cierto que D. Carlos había estado en relaciones con los Protestantes de los Países Bajos, y que el descubrimiento de este complot apresuró su pérdida; pero también lo es que los amores de este joven con su madrastra Isabel de Francia, carecen de fundamento; no se vengó el Monarca como esposo, sino como rey.

Los historiadores no están acordes respecto á la fecha en que acaeció la muerte de D. Carlos, asegurando unos que murió en 24 de julio de 1568, y otros en 25 de setiembre del mismo año; pero si hemos de dar crédito á un manuscrito semiespañol y latino, sacado del archivo de Simancas durante la guerra de la Península, en 1811, y que debe aun hallarse en poder del duque de Broglia, ocurrió este suceso ocho dias después del fallecimiento de la Reina, ó lo que es lo mismo, en 3 de octubre del referido año. El manuscrito en cuestión, obra de algun capellan de Isabel, asegura que el hijo de Felipe II murió en un baño donde le abrieron las venas, y que Isabel fue envenenada con una bebida, que

vida: *Yo el rey*, tal era su modo de firmarse: *rey neto*, es decir, rey absoluto. Pero comprendía toda la extensión de su prerogativa bajo el punto de vista que la historia tiene derecho á juzgar; mas que no es menester condenar á la ligera. Porque, en efecto, prescindiendo de esta carencia de sentimientos humanos, enfermedad de que se gloriaba el Monarca, fue uno de los hombres mas notables de su época, y el príncipe que dejó impresiones mas duraderas en el carácter de los pueblos sometidos á su dominio.

La presencia de Borja en su palacio, el afectuoso respeto con que miraba al hijo de Carlos V y su rostro venerable, que á pesar de hallarse caracterizado de la mas expresiva piedad, apenas podia ocultar la profunda huella de sus padecimientos; todo este conjunto de discreción y piedad causó una viva impresión en Felipe II; tanto que llegó á despejarse la frente sombría del Monarca, en términos de hacerse casi accesible. Aprovechando el Jesuíta cierta vislumbre de júbilo y confianza que apareció en las facciones del Soberano, cosa que no dejó de asombrar á los cor-

el rey la obligó á tomar á vista del autor del manuscrito. Este documento manifiesta la inteligencia y relaciones que se suponen haber existido entre la reina y el hijo de Felipe; pero los historiadores españoles y Ferreras afirman que falleció el Príncipe de una fiebre maligna.

Hemos visto una copia manuscrita de la carta que escribió Felipe II al duque de Alba con motivo del fallecimiento de su hijo, que existe en la biblioteca del Escorial, la que traducida del francés, dice así:

«Amado primo: Podeis imaginar el dolor y la amargura de que se ve cercada «mi alma, con motivo de haberse servido Dios llamar hácia sí al príncipe, cuya «muerte acaeció el dia 24 de este mes, después de recibidos con gran fervor «y cristiandad los santos Sacramentos: habiendo tenido un fin tan cristiano, «que ha edificado á cuantos le rodeaban; causándome un gran alivio y consue- «lo en medio de tanta desgracia. *Los disparates que ha hecho durante su arres- «to han acelerado su muerte.* Espero de la infinita misericordia divina que se «dignará otorgarme su ayuda y favor para que pueda conformarme con su san- «tísima voluntad. Vos me haréis un gran servicio participando esta funesta «noticia á esos mis Estados; disponiendo que se hagan las exequias y demos- «traciones de luto que se acostumbra en semejantes casos; escribiendo y en- «cargando á los preladós y demás sugetos del estado clerical para que rueguen «por su alma á Nuestro Señor, y para que digan, celebren y manden celebrar «misas, plegarias y demás cosas que atañen al culto de Dios y bien y prove- «cho de las almas, porque debeis estar persuadido que en esto me causaréis «placer y me dispensaréis un grande servicio.— En Madrid á 25 de julio de «1568.— Felipe.

(Nota del Traductor).